

La espiritualidad liberal: la indagación libre en la tradición humanista y masónica¹

Joan-Francesc Pont Clemente

- I -

En el tercer grado de la Francmasonería universal los Maestros se reúnen en el *hikal* del Templo de Salomón. Es un lugar triste y oscuro, las paredes están forradas en negro, el espacio está decorado con signos fúnebres y se vela a un muerto alrededor de un cenotafio. Hiram fue asesinado. Gerard de Nerval (1808-1855) incorporó una versión novelada de esta leyenda en su obra “Viaje a Oriente”. El candidato a la Maestría va a ser iniciado en los misterios de Hiram, el constructor del Templo de Salomón.

Hiram era el director de las obras del templo. Después de siete años de trabajo había llegado a dividir sus obreros en tres grupos: aprendices, compañeros y maestros. Tres compañeros que querían tener los privilegios o prerrogativas de los maestros trataron de obtener por la fuerza las palabras y el toque que distinguían a los maestros de los compañeros. A mediodía, sorprendieron a Hiram durante su visita de inspección durante la hora de descanso de los obreros. El templo estaba vacío. El primer compañero intentó darle al Maestro un golpe en la cabeza, con la regla, pero hacerlo sobre el hombro. Hiram, herido, intentó huir. El segundo compañero, con el nivel, le dio un golpe en la nuca -Hiram ya estaba muy tocado, pero to-

¹ **Joan Francesc Pont.** es doctor en Derecho y diplomado en Ciencias Empresariales. Es catedrático de Derecho Financiero y profesor de la UB, ha sido en dos ocasiones director de la Escuela Universitaria de Estudios Empresariales de la UB. Miembro de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras. Ha sido vicepresidente segundo de la Fundación Bosch Gimpera. También es presidente de la Fundación Ferrer Guardia y uno de los impulsores de la Liga por la Laicidad.

davía intentaba huir caminando hacia el oriente. Allí, el tercer compañero, con un mallete, le dio un golpe muy fuerte y el Maestro cayó muerto a sus pies. Los tres malos compañeros tomaron el cuerpo y lo enterraron en la noche junto a un árbol. Antes de abandonar el lugar de la iniquidad plantaron una rama de acacia sobre la tumba de Hiram.

Al día siguiente, los maestros, reunidos en la Cámara del Medio, organizaron la investigación. Después de largas excursiones, desconcertados, acabaron encontrando el cuerpo de Hiram bajo la acacia. Exhumaron su cadáver, a pesar del horror producido por la contemplación de la muerte. Y este gesto simboliza que el Maestro revive entre sus discípulos.

La leyenda es susceptible de sugerir muchas enseñanzas. Una de ellas es la del enfrentamiento entre el bien y el mal y el destino del justo que encuentra la muerte a manos de las pasiones humanas. En contrapartida, la leyenda de Hiram exalta también el valor del sacrificio del justo, del sabio, del Maestro, que resucitará inevitablemente en sus discípulos. Efectivamente, la ceremonia de exaltación al tercer grado es, sobre todo, una perpetuación del rito antiguo de la muerte simbólica y de la muerte y la resurrección del Maestro.

Puede que este es un destino inevitable. El discípulo cuestiona las enseñanzas del maestro para tratar de ir más lejos en la búsqueda del conocimiento y esto, de alguna forma, equivale a la muerte simbólica del Maestro. Y, de esta forma, el Maestro volverá a vivir en su discípulo, pues el discípulo se ha alimentado de su conocimiento. Un poco como la acacia que ha crecido sobre la tumba de Hiram.

La ceremonia iniciática del tercer grado convierte al futuro Maestro en un hijo de Hiram, un hijo de Hiram muerto, un hijo de la viuda. Así evocamos la muerte y la resurrección, o quizás, el nacimiento a una vida nueva después de la bajada a los infiernos (como en el mito de Orfeo o el *Credo* cristiano). Es el ciclo eternamente renovado de la Naturaleza. Hiram ha entrado en el Templo a mediodía, cuando el sol no hará otra cosa que declinar, y lo que sucede desde ese momento es el que llevará a Hiram hasta la muerte.

El Compañero se convertirá en Maestro. Para ello debe darse cuenta de que tendrá que caminar como el sol en otoño, hacia el acortamiento del día, el declinar del sol. El sol no deja de declinar entre el solsticio de verano y el solsticio de invierno. Por analogía, el Compañero deberá entrar retrocediendo en la Cámara del Medio.

El ciclo solar simboliza el ciclo de la vida. El nuevo Maestro debe entender que su andar lo conduce hacia su propia muerte. Una vez más, el hombre contempla sus *límites inexorables*, el nacimiento y la muerte. El sol que en otoño parece conducirnos a la extinción, va recuperando fuerza y vigor en primavera, hay cada vez más luz, y la naturaleza encuentra de nuevo su vida esplendorosa, alrededor del equinoccio de primavera, la pascua judía, la pascua cristiana, el culto a Dionisio en la antigua Grecia, el momento del paso o de la renovación. El Maestro avanza, como decía, hacia su propia muerte, y lo hace, de entrada retrocediendo ... Hoy el Maestro es el nuevo Hiram, pero morirá algún día y entonces será relevado por un joven Maestro. La acacia de la tumba de Hiram evoca el ciclo de la Naturaleza que recibe el alimento de ella misma.

La Naturaleza nos muestra como la vida obtiene su sustancia de la muerte. De la misma forma, la vida del pensamiento, el pensamiento de los vivos, el pensamiento que nosotros deseamos libre de cadenas, recibe su alimento de lo que queda del pensamiento de los maestros desaparecidos.

Los símbolos del grado tercero contienen la filosofía del grado, le dan el sentido de lo que debería ser la Maestría para un francmasón. El compás que cubre la escuadra indica la prevalencia del espíritu sobre la materia. El Maestro es, quiere ser, un filósofo, no le tiene miedo a la muerte, los prejuicios no consiguen detenerlo en su camino de búsqueda de la verdad y la piedra cúbica terminada en punta (la suma del triángulo y el rectángulo, simbolizada por el número 7) es la imagen metafórica de la obra que el Maestro habrá terminado a finales de sus trabajos.

El Maestro, impulsado por la evocación de que el compás cubre la escuadra, se siente llamado a situarse, precisamente, entre la escuadra y el compás, para hacer posible la armonía entre la justicia y la verdad, entre

los deseos del cuerpo y la libertad del espíritu; en definitiva, entre otros posibles objetivos, para alcanzar la justa medida entre la cohesión social basada en la fraternidad y el poder político que sólo debería ser delegado a los más competentes.

La finalidad de la enseñanza masónica es la adquisición por el francmasón del “Maestría”; la maestría de uno mismo, la maestría de su acción en relación a los otros, la maestría de su destino personal y, cuando sea posible, una cierta participación a la maestría del porvenir de la humanidad. De esta manera, se puede concluir que el método iniciático de la Orden, fundamentado sobre una reflexión radical sobre los símbolos propuestos a los tres primeros grados, es el medio elegido por los francmasones para mejorar al ser humano ya la sociedad.

La escuadra significa, de alguna manera, el nivel concreto de las cosas, la materia, la inmanencia y la racionalidad. El compás sería, por el contrario, la abstracción, el espíritu, la trascendencia y la espiritualidad. Situar entre la escuadra y el compás vendría a significar el mantenimiento del equilibrio (o, también, ligar lo concreto y lo abstracto) entre la materia y el espíritu, entre racionalidad y espiritualidad, entre, incluso, ¡inmanencia y trascendencia!

- II -

¿Es la oposición de los contrarios, que se muestra en el pavimento mosaico de los templos masónicos, un obstáculo insalvable para su conciliación?

El punto de partida para nosotros, francmasones racionalistas, es el análisis cognitivo de los temas sujetos a nuestra consideración, la utilización de la razón como herramienta principal de nuestro progreso intelectual. La razón demuestra su fuerza cuando genera postulados aceptables para todos, como, por ejemplo, en el límite, cuando formula una demostración matemática. El francmasón busca el conocimiento natural por la razón, el camino exactamente opuesto a la revelación, que es el objeto de la fe. Quizás podríamos decir, superficialmente que la razón también se opone a

la espiritualidad, una dimensión que pertenece al dominio de la intuición pero, en realidad, sólo las manifestaciones dogmáticas de racionalismo son contrarias al descubrimiento de la espiritualidad, ya que la razón es perfectamente capaz de aproximarse a las preguntas y las respuestas, más o menos intuitivas o emocionales, que el ser humano se plantea sobre él y sobre su propia naturaleza. En realidad, este es el objeto de la Filosofía y, desde la Filosofía, descubrimos la realidad del amor, de la admiración de la belleza del Arte o de la fuerza de la pasión como manifestaciones de la personalidad humana.

La racionalidad descubre cómo son las cosas y la espiritualidad intenta imaginar, inventar si es necesario, sentir, incluso, las explicaciones del porqué de las cosas. El francmasón no rechaza ninguna de las dos vías, porque, al fin y al cabo, la racionalidad y la espiritualidad son contradictorias sólo en la apariencia y, más bien, son complementarias. Serían contradictorias si pensáramos que las respuestas sobre la naturaleza humana, sobre su razón de ser, sólo pertenecen al ámbito de las creencias y no al de la ciencia. Que el único camino es la fe y que este camino excluye la investigación. El francmasón respeta la fe, la de los demás y la propia, pero como constructor del templo de la humanidad, si tiene que elegir entre creer o investigar, opta decididamente por la investigación. Entre la certeza irracional y la duda racional, el francmasón defiende el derecho y el deber de dudar.

El itinerario masónico es, por este motivo, un esfuerzo permanente para cuestionarnos a nosotros mismos. El francmasón se sabe imperfecto, pero perfectible, y, por tanto, busca encontrar el equilibrio. Este equilibrio en la utilización de las herramientas simbólicas le conduce a la utilización alternativa de la escuadra y del compás, lo que le permite la construcción de sí mismo en el campo físico y en el campo espiritual, a fin de construir el templo con la materia de piedras sólidas, sin dejar de lado la geometría. Así significa combinar el razonamiento lógico con la intuición.

Ir desde la escuadra hasta el compás es evolucionar hacia la espiritualidad. El francmasón estudia los diferentes sistemas filosóficos, como simboliza el ritual del grado de Compañero, y los examina con espíritu crítico, incluso con cierto escepticismo. La lejanía del científico acerca racionalmente a

las manifestaciones del espíritu y el francmasón adogmático, para ser fiel a su vocación de *Centro de la Unión*, contribuirá a la creación de un mundo sin fronteras que separen a los ciudadanos por sus creencias. Este es el significado del principio de laicidad, concebido como *la expresión jurídica de la tolerancia, traducida en una arquitectura espiritual abierta de la Ciudad*. La tolerancia como virtud no debe confundirse ni con una carga impuesta, que vendría a ser el lado oscuro de la tolerancia, ni con la laxitud, que es una forma de desprestigio del imperio de la Ley, mediante la laminación parcial e interesada de sus preceptos.

El Maestro Masón, llamado de forma intensa a lo largo de toda su vida a *ir más lejos*, es decir, seguir aprendiendo, busca la sabiduría y busca también el bienestar del género humano, de tal forma que ayuda a tender pasarelas entre las diferentes concepciones filosóficas, entre las creencias y las convicciones, desde la propuesta y desde la práctica de unos valores universales compartidos. Es el espíritu de geometría el que guía el compromiso ético del francmasón y lo que le llama a trabajar por el progreso de la humanidad.

- III -

Una de las primeras lecciones que empecé a aprender muy pronto en la vida de mi logia es que el itinerario masónico requiere que el neófito, primero, y el Aprendiz perpetuo que debemos ser, después, se ejerza en la virtud de la *confianza*. El Francmasón descubrirá que esa confianza en sí mismo y, con igual intensidad, en sus hermanos, recibe la denominación de fe. La fe masónica, en efecto, es estrictamente humana, nos ayuda a avanzar porque nos anima a no desfallecer, nos ayuda a estrechar los lazos del amor fraternal, porque nos permite suprimir, o al menos reducir, las “protecciones” que hemos ido poniendo a lo largo de la vida contra otros, cuando pensamos que los demás nos pueden hacer daño.

Los otros, en efecto, no sólo nos pudieron hacer daño, sino que seguro que recordamos, si no lo sentimos aún, que nos han hecho daño. La naturaleza humana, llena de dualidades, como el recipiendario descubre al pisar por

primera vez el pavimento mosaico, como el masón recuerda cada peldaño de la escalera de su progresión iniciática, no garantiza ni la perfección ni la inmutabilidad. Recibimos muchas cosas buenas y tratan de hacer también cosas buenas. Pero al mismo tiempo, a veces, nos hacen sufrir, más los próximos que los lejanos, ya veces también, hacemos sufrir a los que nos acompañan perdurablemente o accidentalmente. El miedo al sufrimiento nos hace buscar protecciones naturales y artificiales, reales o ficticias, prudentes o desmesuradas. El miedo, en cualquier caso, nos impide pensar. El Príncipe de Maquiavelo, más temido que amado, es sólo un ejemplo.

El miedo al sufrimiento, o la sospecha o el espejismo de un eventual sufrimiento, puede estar detrás también de la construcción de monstruos que tratan a los seres humanos como animales: el muro de Berlín, los muros en Palestina o en la frontera sur de los Estados Unidos, la reclusión de la mujer detrás del burka, los viejos y los nuevos ghettos que quieren garantizar la invisibilidad de los diferentes, son sólo algunos ejemplos de la política delirante del miedo.

La fe en uno mismo y en la sociedad que vamos construyendo progresivamente, es un viario de salida del miedo basado en la capacidad de admitir al diferente desde un espacio común caracterizado por la apertura al cambio y la garantía de la interiorización, lo más amplia posible, de unos valores compartidos. De hecho el avance progresivo es uno de los conceptos masónicos clave, porque simboliza la equidistancia entre el estancamiento paralizador y el salto al vacío.

La fe como virtud arrastra una pesada carga: la concepción tradicional de exigir que la fe sea ciega o ignorante. Los dos calificativos son incompatibles con el humanismo masónico, el humanismo que se vislumbra ya desde el primer día a la ceremonia de iniciación. La venda en los ojos está destinada a caer cuando el pueblo masónico pida la Luz. El camino, después, será la búsqueda de la luz a través de la luz. Del mismo modo que la Justicia no puede lograrse si no es por la Justicia, es imposible la aproximación a la Luz si no es desde la propia Luz. La fe ciega es una desconsideración hacia la fe, pues una persona cree en la medida en que lo que puede ver le permite ir más allá. La fe ignorante no es fe, sino *fideísmo*, pues la fe exige

la firmeza de profundizar en el conocimiento con el fin de corroborar o rechazar lo que se cree. El *fideísmo* es una manifestación irracional del ser humano que niega su propia humanidad y le recluye en una celda la que le impide pensar, conocer o ser consciente de nada para preservar su seguidismo acrítico de doctrinas absurdas o de órdenes totalitarias. *El caso más doloroso es el de quienes, prisioneros de un dogma de cualquier naturaleza (religiosa, pseudoreligiosa o cretinismo posmoderno) se mantienen sujetos a la autoridad de un tercero.* Por este motivo, la Francmasonería es incompatible con los amantes de su ignorancia, porque aquellos nuevos esclavos no son, precisamente, libres. La Francmasonería rechaza el *miserabilismo* o aversión al conocimiento y al progreso, se rebela contra la aceptación pasiva de la condición que cada uno tiene y promueve el avance de la sociedad a través del mérito y de la capacidad de cada persona. Esta actitud constructora y constructiva de la Francmasonería hace exclamar a Vicente Molina que *no hay masonería activa sin pretensión meliorista* -que es exactamente lo contrario de la sumisión *miserabilista* recién mencionada.

La venda en los ojos durante la iniciación del Aprendiz, la ceguera y, por tanto, la correspondiente fragilidad del neófito, me han servido siempre para reflexionar sobre la actitud del Francmasón ante su itinerario. Esta actitud debe ser imperativamente de fe en el hermano, de confianza, por lo tanto. Al Rito Escocés no se hace una mención literal, pero obviamente el candidato es cogido por el brazo para hacer su camino de transición de la oscuridad a la luz. Al Rito Francés esto se pone además de relieve cuando son dos los hermanos acompañantes quienes sostienen durante los viajes al iniciado y le dicen cariñosamente *hijo, hermano, amigo*. Me he fijado a menudo en la actitud de la persona conducida. En la mayor parte de los casos, camina con seguridad, como si viera, porque las manos que lo sostienen le dan una confianza sin debilidades. En las pruebas del Rito Escocés, además, el suelo es irregular y móvil. El neófito parece caer, pero no se cae. Está serio, pero no tiembla. En alguna ocasión excepcional he visto una actitud diferente. El neófito extiende los brazos como buscando una protección. No se siente seguro y no percibe que manos fraternales lo conducen. Esta desconfianza inicial podrá, con muchas probabilidades, no ser superada y impedirá la experiencia de la cercanía fraternal. A medio plazo puede suponer el abandono del que sólo está comenzando.

Confianza, pues, es lo que debe tener el Francmasón durante un itinerario que es ilimitado porque consiste en un aprendizaje progresivo, la búsqueda de la verdad que nunca llegará a ser más que intuita. Desde las primeras logias londinenses, la Francmasonería ha motivado a sus miembros a ejercer su libertad y, por tanto, a vencer el miedo, por muy justificado que este miedo pueda estarlo en un momento determinado. Esto ha sido y es así tanto para los hombres como para las mujeres.

- IV -

La Francmasonería, escuela de aprendizaje, espacio para la libre interpretación de los símbolos, cuando abre las puertas al cultivo de la espiritualidad de cada uno, está también invitando a pensar entrega. Al Francmasón se le pide que sea libre para ingresar, pero se le exige la práctica de la libertad como parte inescindible de su itinerario como constructor. Que respete su propia libertad y, por tanto, también la libertad de los demás.

Ayer como hoy, pensar libremente es mucho más difícil, atrevido y arriesgado que seguir los dictados de la moda, los medios dedos de comunicación o de las doctrinas o ideas imperantes. En efecto, ¡qué fácil es apuntarse a lo que parecen pensar todos, sin querer reconocer que los unanimismos sólo son la prueba de que hemos dejado de pensar! ¡Qué fácil es el recurso a los platos precocinados en lugar de emplear un buen tiempo en elegir los ingredientes y en cocinarlos a nuestro gusto! Elegir la logia en lugar de la televisión es ya un ejercicio de pensamiento libre, de ruptura con la rutina, de recuperación de la sociabilidad y de la tertulia, de regreso a la escala humana en la que son posibles los sentimientos.

Cuando los Francmasones en los últimos dos siglos de nuestra historia han ocupado sus puestos en el Templo, se han podido mirar a los ojos y descubrir en la mirada del otro el impulso al *conocimiento* de lo que el otro precisamente, nos puede aportar y el *reconocimiento* de lo que significa encontrarnos con personas que quizás nunca habríamos conocido.

En definitiva, Francmasonería y pensamiento libre son las dos caras de una misma moneda. El pensamiento libre es una actitud de militancia por la emancipación de todas las cadenas que quieren negarnos nuestra autonomía. Por eso los enemigos de la libertad son también enemigos de la Francmasonería.

En una sociedad de pensadores libres debe florecer necesariamente el librepensamiento. El librepensamiento no es ya una actitud, sino una opción filosófica asociada a la mayoría de edad del hombre que encuentra en su corazón los elementos definitorios de su buen juicio. Y, claro, en la Francmasonería encontramos a menudo librepensadores, personas comprometidas con un ideal de la humanidad que gira alrededor de ese esquema de principios, valores y aspiraciones que deberían conformar un patrimonio universal.

Paso a paso, cada uno a su ritmo y, probablemente, por caminos bastante diferentes como para conservar el tesoro de la pluralidad, pero no tanto diferentes, como para segregar a unas personas de otras, la Francmasonería del pensamiento libre y del librepensamiento, refleja el deseo de construcción de una república universal formada no por masas ni por tribus ni por ningún otro concepto simplificador, sino por ciudadanos individuales, sociales, libres y responsables.